

LOS ZAPATOS MISTERIOSOS Y SOLIDARIOS camino de Albania (2º etapa)

En el primer capítulo, ¿recuerdan?, dejamos a Tiburcio, con la boca abierta viéndose en el espejo cuando un rato antes no se veía. También recordó entonces que, cuando pasó cerca de su prima Carlota, tampoco ella le había visto. Pues no le fue muy difícil sacar consecuencias de lo que pasaba.

Para estar más seguro se sentó frente al espejo, agarró los zapatos y empezó a ponérselos. Se puso el primero y miró al espejo. ¿Qué creen ustedes que pasó?. ¿Se veía?, ¿no se veía?. Pues mitad - mitad, que dicen en este pueblo. Se veía en blanco y negro, como una película de las antiguas. Entonces agarró el otro zapato se lo puso, y ¡zas! Lo que ustedes están pensando. Había vuelto a desaparecer totalmente del espejo porque él sí se veía y se tocaba. Estaba allí, pero como en esas películas del hombre invisible, nadie podía verle. No se lo acababa de creer. Osea que esos zapatos eran “invisibilizadores”, ¿lo hacían invisible?

Miró el reloj. Eran las 9 de la noche. Estaba cansado y nervioso de la impresión. Supuso que sus papás y su hermana estaban en alguna visita. Les dejó un aviso sobre la mesa de la cocina. “Me acosté, hasta mañana”. Volvió a su habitación y a dormir. Seguramente esa noche soñó mucho, pero él nunca se acordaba al despertar de sus sueños.

Amaneció, sonó ese antipático aparato llamado despertador y en cuanto Tiburcio abrió los ojos, naturalmente, le volvió a la cabeza la memoria de los misteriosos zapatos.

- “Los tengo que probar, a ver si siguen hoy como ayer”.

Se los puso y salió a la cocina, donde estaban sus padres desayunando. Doña Tina preparaba los huevos revueltos. Don Toribio estaba pasando las hojas del periódico mientras se le escapaban exclamaciones: ¡uff!... ¡huy!... ¡ah!... ¡qué bárbaro!... ¡menos mal!...

- ¿Qué sucede? - le preguntó doña Tina.

- Sucede de todo - contesto Don Toribio - y empezaron los dos a comentar las noticias de la política nacional e internacional y los problemas de los emigrantes que estaban expulsando de los “Estados” (unidos de Norteamérica, se supone, pero los llamaban solo los Estados, a secas).

- Tiburcio entró en ese momento, despacito, procurando no hacer ruido con los pasos, pero rozó con el codo una cacerola vacía que se fue al suelo estrepitosamente.

- Se volvió doña Tina - ¡huy!, la dejé al borde y se habrá resbalado.

- Tiburcio saltó silenciosamente y se quedó en un rincón. Pensó que si los padres sentían algo que no veían, el susto podría ser tremendo. Doña Tina recogió la cacerola y en aquel momento entro Teresita, la pequeña de los “T”. ¿Se habrán dado ustedes cuenta?: eran Tiburcio, Toribio, Tina y Teresita. La broma de los amigos era: ¿Te vienes a tomar el te a casa de los T?

- Teresita tenía 10 años, ocho menos que su hermano y era un rabo de lagartija, traviesa y lista para todo menos para los números, pues se le atravesaban las matemáticas en la escuela.

- Mamá- preguntó la niña- ¿dónde está el dormilón de mi hermano?

- Déjale dormir; vendría anoche muy cansado.





Entonces se dio cuenta Tiburcio de que ya debía dar señales de vida. Aprovechó que estaba la puerta abierta, volvió a su habitación, se quitó los misteriosos zapatos y ya empezó a volver al mundo visible; se lavó, se peinó, se vistió, se puso los zapatos viejos y entró haciendo ruido a la cocina.

- Entre los saludos, los ¿qué tal te fue? y los ¿qué tal amanecieron?, la pregunta de Doña Tina: Pero hijo, ¿no fuiste ayer a comprar zapatos y todavía andas con esos medio rotos?

- Sí mamá, no encontraba en ningún sitio... Sólo vi unos pero no sé si me quedaré con ellos... volveré hoy a ver qué hago...

Esa era de verdad la idea de Tiburcio. Aquellos zapatos estaban siendo un problema para él. Ir de invisible por la vida está bien para los cuentos, pero para la vida real creaba muchos problemas. ¿Ustedes no han hecho nunca la prueba de volverse invisibles? Pues Tiburcio sí y estaba asustado. Cuando desayunaron, él volvió a su habitación, metió en una bolsa de plástico los zapatos misteriosos (es que llamarlos in-vi-si-bi-li-za-do-res, es muy complicado). Pues el muchacho, agarró la bolsa y salió a la calle para devolver esos zapatos invi... o hablar con la señora que se los había vendido.

- Esta vez agarró un bus que pasaba cerca de allí. Se bajó justo frente a la tienda de las herraduras, la del “paso, trote y galope”, siguió hasta el callejón y buscó la tienda de los zapatos. La buscó pero no la encontró. En el sitio donde ayer estaba la “tienda misteriosa” había un edificio en construcción. Los albañiles estaban levantando un segundo nivel, con ayuda de una grúa.

- Tiburcio se acercó a uno de ellos: “disculpe ¿aquí no había antes una tienda de... de cosas?”

- Pues no sé muchacho, hace tres semanas que trabajamos en construir esta casa. No tengo idea de lo que había antes aquí.

- Tiburcio se quedó lo que se dice patidifuso, es decir, de piedra, hecho un lío, balanceando la bolsa de zapatos en la mano, mirando a todos lados sin saber qué hacer. Estuvo a punto de ir a la tienda para caballos y comprarse unas herraduras; pero al final lo pensó mejor y...

Ya les contaré lo que hicieron el pobre Tiburcio y sus zapatos “invi”... Mientras tanto vayan aprendiendo a decir sin respirar: Tiburcio está invisibilizado ¿quién lo desinvisibilizará?, el desinvisibilizador que lo desinvisibilizase buen desinvisibilizador será.

Tiburcio salió volando por encima del océano - volando, volando hasta que acamizó (¿acamizó?): cuando una avión desciende a tierra aterriza, pues Tiburcio cayó sobre su cama, o sea acamizó allí, se dio media vuelta y cansado del sueño siguió durmiendo .

Pues después de 20 horas de sueño, sí, veinte, Tiburcio abrió despacio los ojos, mejor los despegó porque los tenía como pegados y encontró ante él, naturalmente a su papá, su mamá, su hermanita y a un señor con estetoscopio o sea esto que llevaba colgado del cuello, ese señor que estaba diciendo: “ya les aseguraba yo que no estaba muerto este muchacho, porque estaba roncando y en mi vida profesional nunca he visto roncar a un muerto, palabra de honor. Bueno, tal vez sí... estaba muerto de sueño y mejor si lo dejamos por si quiere seguir, “hale hale, vamos fuera” y empujó a todos fuera de la habitación.

Tiburcio ya había reconocido a don Jacinto, médico amigo de la familia. Le vino bien, porque en cuanto salieron miró debajo de la cama a ver si estaban sus zapatos misteriosos. Allí estaban.

Tiburcio se duchó, se peinó y cambió de ropa y mientras fue pensando en qué cuento iba a contar para explicar su última ausencia. Luego verán.





Cuando en la cocina-comedor, después de los saludos y abrazos, mientras la mamá servía el café y el papá preparaba las tostadas, vino la lluvia de preguntas: ¿dónde has estado? ¿cómo fuiste? ¿qué has podido encontrar?... El les contó que estuvo con una asociación que reunía objetos turísticos de muchos países (y no mentía) y pronto les iba traer recuerdos de Africa, de Asia, de...

Ahí terminó la conversación. En la calle empezó a sonar una alegre y fuerte música. Se asomó la pequeña de la casa y con ella todos, hasta el doctor don Jacinto.

La música venía de una camionetilla donde mujeres y hombres, algunos jóvenes y muchachas tocaban y cantaban música con cierto aire oriental. La gente de aquel barrio popular empezó a bailar.

Tiburcio con su curiosidad se acercó al chófer de la camioneta que le contó: Nosotros somos de Albania.

- ¿De Alemania?

- No Albania.

Tiburcio puso su cara de ignorante en geografía.

Nadie sabe donde está -le dijo el piloto- ¿y si le digo que somos gitanos?

- Ah entonces serán de por Andalucía.

Se rió el viejo chófer: ustedes se creen que los gitanos son de Andalucía pero ¡qué va!, los gitanos vienen de la India y hay tribus gitanas por todo el mundo. Nosotros somos de Europa del este.

- Mire yo soy maestro y le puedo contar lo que enseñé a los niños en mi clase. Albania, que allí la llamamos shqipëri y significa tierra de las águilas es ahora una república en el sureste de Europa. Limita con Montenegro al noroeste, con Kosovo al noreste, con Macedonia del Norte al este y con Grecia por el sur y el sureste.

Cuando Tiburcio oyó decir Grecia respiró: Ah por fin me dice algo que entiendo.

El albanés que estaba contento de que alguien lo escuchase sacó de la camioneta un mapa y lo enseñó a Tiburcio.

Siguió hablando el albanés que iba adquiriendo confianza con Tiburcio. Ya que siento que tú eres un muchacho interesado por el mundo te cuento algo por si me puedes ayudar. Nosotros hemos conseguido venir a tu país con nuestra música pero la situación del pueblo rom es...

Tiburcio le interrumpió: ¿del pueblo qué?

- Ah perdona... ¿Cuál es tu nombre?

- Tiburcio.

- Yo me llamo Pedro, en albanés ... y allí los gitanos somos los romaní, o más corto, los rom, como nos llaman los blancos, vamos, los europeos. Vivimos en barrios pobres, muy pobres, muchos no tienen trabajo. Nosotros nos defendemos con nuestra música. Desde hace unos años vinieron de Europa unos... creo que religiosos, gente compasiva, y viendo a los niños rom, romaní, pidiendo limosna y la pobreza de nuestros barrios, organizaron en la ciudad de Lezhë, que es donde vivimos, el Centro Santa María (a Tiburcio se le iban encendiendo los ojos). Del dinero que recibimos, siguió Pedro, una parte la mandamos allí al centro ese. Yo no soy católico, los romaní tenemos nuestra religión, pero vemos que esa señora, Santa María, debe de ser muy buena...

El caso es que no sabemos cómo mandar el dinero que hemos conseguido, unos cuantos miles de euros, a Lezhë.





Ya se pueden imaginar que la cabeza de Tiburcio ya no era cabeza sino volcán. Dominando su emoción dijo: “Pues... yo creo que tengo algún amigo que se lo podría resolver. Hablé usted con los compañeros y mañana, si le parece, nos vemos en su casa. Déjeme su dirección”

Tiburcio apunto la dirección de Pedro (y Pedro la de Toribio que era allí mismo, la casita de donde salieron al oír la música). Toribio entró pensando: ¿Pero cómo esta pobre gente que no me conoce se va a fiar para darme esos miles de euros, sin pensar en que yo desaparezca con ellos? Se encogió de hombros y entró.

Tiburcio se levantó con la misma duda albanesa de la noche anterior, pero con la seguridad de que los zapatos no le iban a fallar y que él tenía que ir a Albania para ayudar a los músicos de aquí y a los rom de allí, porque para eso eran preferidos de Dios como tanto había oído decir a los curas (aunque a veces no se notaba demasiado).

Guardó los zapatos “invi” en su mochila, se guardó en el bolsillo la dirección de Pedro y salió.

Tuvo que cruzar buena parte de la ciudad hasta llegar a una calle con mucha circulación... Miraba el papel, calle Fráncico Silvela y los portales hasta llegar al 71. Aquí. Subió al tercero. Una puerta con varios letreros de oficinas, uno de ellos ACCIÓN MARIANISTA (“yo pensé que sería un hotel donde estaban los gitanitos”- se dijo Tiburcio). Cuando le abrió una de las jóvenes gitanas, comprendió que aquello seguía siendo una tribu urbana. Realmente eran oficinas pero los romanís se habían alojado con sacos de dormir y mantas por todos los rincones. En ese momento estaban tomando café y unas pastas...

Salió en ese momento Pedro, al que se veía, no sólo como chófer sino como jefe de la expedición y pronto comprendió Tiburcio que aquellos gitanos eran difíciles de engañar. Se habían informado bien de quién era Tiburcio y su familia y justamente se pusieron delante de su casa familiar porque conocían su buena voluntad y querían hablar con él. No conocían nada de sus misteriosos zapatos pero sabían que algo podría hacer cuando se ofreció decidido.

En una alegre y breve conversación le dieron un sobre cargado de billetes. Tiburcio los contó delante de ellos y ellos le dieron la dirección de Fundación Santa Maria en Lezhë.

Prudentemente no les dijo nuestro amigo volador si era él o algún amigo quien iba a hacer el recado. Pero, con la rapidez que se encargó del mensaje quedaron con la idea de que algún aviador conocido tenía que viajar por allí, y le llevaría.

Volvió a casa Toribio, hizo una pequeña mochila como si fuera a la Pedriza de Madrid, les dejó un mensaje a la familia, se puso los “invis”, les dio una palmadita y les dijo: “compañeros nos vamos para... Albania”. Y Desapareció.

La mismísima Albania, los mismísimos rom, y el mismísimo aterrizaje en el castillo de Lezhë. Es que los zapatos no se han dado cuenta de que su viajero no es un vulgar turista sino un aventurero solidario, y que no le interesan demasiado (algo sí) los monumentos. Además el castillo ese es un buen lugar para reconocer la ciudad a vista de pájaro.

Tiburcio, como los pájaros, aún no lleva gafas. Desde lo alto del castillo distinguía un poco barrios que se notaban de gente burguesa con buenos edificios y muchos otros con calles sin asfaltar y casitas como chozas, aunque no se notaban aun detalles, pues tenía que buscarlos y encontrar el barrio de Skenderbeg donde le dijeron los músicos que vivían la mayor parte de los romanís.

Le explicaron que Lezhë es una localidad de 20.000 habitantes de la que el 15%, unos 3.000, son personas de etnia gitana que viven concentrados en el barrio de Skenderbeg, en situación de marginalidad.





Tiburcio empezó bajar del Castillo y vió que los mismos zapatos le hacían de guía y le llevaron, atravesando un barrio sencillo a otro donde ya vivían en casas más pobres. El joven buscador se acercó a una niña que salía de casa y le preguntó por el barrio que buscaba. La niña puso cara de susto y cerró rápidamente. “Ya metí la pata” pensó Tiburcio. “La niña me oyó hablar pero no había visto a nadie”. Decidió dejarse llevar por los zapatos que fieles a su misión se empezaron a embarrar entre unas callejuelas de chozas hechas con adobe, barro o laminas de cinc. Un poco más allá le dejó paralizado, en el cruce con una calle algo más ancha, ver una muchachita, asomar la cabeza por una alcantarilla.

Se acercó procurando no hacer ruido y escuchó que la niña le decía a un empleado del ayuntamiento (recuerden que los zapatos eran buenos traductores) “¿qué quiere usted?, yo vivo aquí porque en casa de mis papás somos cinco hermanos y no hay sitio. Tiburcio se imaginó espeluznado todo lo que quería decir ese “no hay sitio” en labios de aquella preadolescente.

Un poco más abajo descubrió el letrero de la calle Skenderbeg. “Ya voy llegando” pensó animado. En un rincón se puso los zapatos normales y guardó en la mochila los “invis”. Callejeando descubrió una casa sencilla pero distinta de las choza, chabolas, champas miserables de ese barrio. Esa casa tenía un letrero en idioma albanés... menos algo que entendió sin ayuda: Santa María.

Unas niñas y niños salían en ese momento. Se acercó a ellos pero no le dieron tiempo de hablar. “¡Hermano, hermano, aquí preguntan por usted!” (sin zapatos traductores los niños ya habían “reconocido” al visitante). Y más rápida fue la respuesta que el visitante escuchó (ya no les digo más que automáticamente traducida por los zapatos): Bienvenido Toribio, ya te esperábamos, pero no tan rápido. ¿Cómo llegaste?

-Conseguí un vuelo especial (no explicó la especialidad de ese vuelo).

El hermano que dijo llamarse Luciano y tenía un claro acento italiano notó que Tiburcio parecía tener prisa... se sentaron en la cocina. Tiburcio sacó el sobre que ya le quemaba las manos; lo entregó a Luciano, al hermano (suponía que marianista) no le quemó, pero le dió calorillo en el corazón. Se puso a hablar despacio en italiano pues pensaba que Tiburcio, español, le entendería mejor. Les resumo lo que hablaron entrecortado por preguntas de Toribio, que ya sentía aquella narración como suya.

- Dos religiosos marianistas, Luciano Levri y Jesús Madinabeitia vinimos a Albania, impresionados por la pobreza en uno de los países más retrasados de Europa oriental.

Nos enraizamos en la ciudad costera de Lezhë. Allí sentimos la pobreza de la etnia romaní, sobre todo en el barrio Skenderbeg. Nos llamó la atención, o más bien la preocupación por los pequeños. Cómo los papás no tenían trabajo, las mamás analfabetas tampoco, mandaban a sus hijos a pedir limosna a barrios más acomodados y crecían sin educación ni escolaridad: Entonces en nuestra casa montamos el CENTRO SANTA MARÍA.

Para garantizar la presencia de los pequeños tanto en la escuela como en las actividades extraescolares que promueve el Centro, los padres de los niños gitanos firman un contrato por el que se comprometen a no mandar a sus hijos a la mendicidad y a que acudan a clase. A cambio el Centro entrega a cada familia ayuda económica, alimentaria, de material higiénico, escolar, etcétera. En Lezhë 3.000 personas de etnia gitana viven concentrados en el barrio de Skenderbeg, muy marginados por el racismo ambiental. Apenas hay trabajo y carecen de las más elementales condiciones de higiene. Los adultos son mayoritariamente analfabetos y la situación de las mujeres es peor que la de los hombres.



Las instituciones locales apoyan teóricamente el trabajo del Centro pero en la práctica la ayuda es casi nula, entre otras razones por la falta de recursos de dichas instituciones. Te puedes explicar por tanto mi alegría al recibir tu sobre.

El Centro Santa María de Lezhë trabaja cubriendo necesidades básicas de la población gitana, incidiendo en la educación como base que hace posibles otros desarrollos: Higiene, convivencia social, posibilidad de empleo, formación de la mujer, incremento del nivel cultural, y retraso de la maternidad precoz.

Buscamos en definitiva, la integración normalizada de la población gitana en la sociedad de Lezhë. Para ello se asegura la matriculación y se controla la asistencia a las clases escolares y a las actividades de apoyo a la escolarización organizadas por el Centro, que incluyen apoyo escolar, refuerzo de los estudios, realización de los deberes, iniciación y prácticas de informática y cursos de inglés e italiano.

Trabajamos sobre todo con niños de entre 2 y 15 años y a partir de los 16, cuando acaba la enseñanza obligatoria, aportando el material escolar. También se trabajan los comportamientos sociales y las relaciones intercomunitarias entre “blancos”, que son lo que en España llaman payos y los rom, los gitanos, mediante actividades culturales, deportivas, y educación en la responsabilidad y la libertad. En esta línea tenemos cursos de costura para mujeres tanto “rom” como “blancas”, regalándoles al final del curso la máquina de coser a las que asisten regularmente. Para el presente año, la aportación comprometida por la Fundación Acción Marianista con este proyecto de Lezhë son 15.000€

- Pero, digo yo -interrumpió Tiburcio - que con eso no hay ni para empezar.

- Para empezar sí pero no para seguir. Lo que tú has traído de Pedro y nuestros amigos músicos es una buena ayuda. Esperamos que de España y otros países nos venga mas ayuda....

Todavía Luciano llevó a Tiburcio a un paseo “turístico” por aquel barro, perdón barrio. Tiburcio sacó algunas fotos aunque le temblaba el pulso de emoción e indignación. Su sencilla casita en un barrio popular de Madrid le parecía un palacio comparándolo con lo que había visto y oído allí.

Cerca del aeropuerto de Lezhë Luciano miró el reloj y dio un pequeño grito. “¡Ay, Tiburcio, dentro de 15 minutos tengo reunión con los maestros de escuela nacional!

- No te preocupes Luciano ya veo allí el aeropuerto, veré si hay pronto vuelo a España. Si no allí me tienes esta noche.

- Serás bienvenido.

Se dieron un abrazo.

En cuanto desapareció el marianista italiano Tiburcio miró a los lados, vió un bosquillo allí cerca. Se metió, se cambió de zapatos, con lágrimas en los ojos, dijo a los “invis”: “muchachos, ¿nos vamos a casa?”.

Allí quedó Lezhë, Albania y un trozo de corazón de Tiburcio.



